



Universidad
Nacional
de Rosario

Facultad de Psicología

Trabajo Integrador Final

Detenidos en su devenir...

Anorexia en la adolescencia, una lectura psicoanalítica

Modalidad de Presentación: Ensayo

Autora: Micaela Belén Giordani

Legajo: G-5500/1

Docente Responsable: Olga Silvia Waisman

Año: 2021

Agradecimientos

A mis papás y mi hermana por el apoyo y contención incondicional

A los amigos que me llevo, por el cariño y los momentos compartidos dentro y fuera de las aulas

A mi tutora Olga, por darme su tiempo y las herramientas necesarias para abordar la temática, y a los docentes del espacio TIF por la paciencia y propiciar un espacio llevadero durante este último tramo de la carrera

Finalmente a la Facultad de Psicología UNR la cual me brindó el espacio para mi formación profesional

Índice

I. Resumen	4
II. Palabras Clave	4
III. Introducción	5
IV. Adolescencia: llegar a ser uno diferente al Otro	7
V. La comida materna a través de los desfiladeros del significante	8
VI. Desde los primeros tiempos: el niño en la novela familiar	9
VII. El cuerpo como lugar del Otro	11
VIII. La pregnancy del espejo: la imagen del cuerpo delgado	13
IX. Más allá del fantasma parental	14
X. Anorexia en la adolescencia: en la espera de un signo de amor	16
XI. Consideraciones Finales	18
XII. Referencias Bibliográficas	20

I. Resumen

El presente trabajo aborda la problemática de la anorexia en la adolescencia; entendiendo esta última como temporalidad de separación en donde el sujeto requiere de operaciones que habilitan a posicionarse como Uno diferente del Otro, y finaliza en la construcción de un fantasma propio; siendo la anorexia un recurso frente a estas demandas cuando no se cuenta con estos títulos. Considerando la anorexia como posición subjetiva, se inserta el síntoma en la novela del sujeto, y siendo la alimentación fundadora de los primeros intercambios con el Otro los desarrollos rondan en relación a estos primeros tiempos. Frente a las posibilidades del sujeto de ser significado fálicamente en la primera infancia, la función de ¿puedes perderme?, se remarca como operatoria necesaria para sostener un sujeto deseante y fundadora del fantasma elemental. Por otra parte, es a partir de la vivencia delirante del cuerpo que se encuentra en la anorexia, que se aborda la preeminencia del lugar del Otro en la constitución del cuerpo; y su importancia nuevamente en la Adolescencia en lo que implica la Resignificación del Estadio del Espejo. Mientras tanto se resalta el lugar del Otro como aquel que rectifica y permite al adolescente posicionarse como sujeto comprometido con la exogamia. Para finalizar la restricción alimentaria se formula como una maniobra para poder sustraerse de un Otro que responde dentro del registro del tener y abrir en él una falta, estando a la espera de un signo de amor, necesario para atravesar las operatorias mencionadas anteriormente.

II. Palabras Clave: Anorexia- Adolescencia- ¿Puedes perderme?- Pasión por la Nada

III. Introducción

En la actualidad en lo que se podría definir como clínica con adolescentes, una de las modalidades de presentación de los jóvenes implica la anorexia, entendida esta última como la negativa perseverante a ingerir alimentos o hacerlo en porciones mínimas, acompañada en ocasiones por métodos purgativos, es decir actos en donde se elimina todo lo que es vivenciado como exceso, mediante actividad física excesiva o vomitando.

Desde la lectura de Silvia Amigo en su libro, *Clínica de los Fracazos del fantasma* (2005), se sostiene que cualquier estructura clínica puede estar acompañada por algún desorden en la alimentación, ya que la misma se define por el modo en que el sujeto especificó su lugar en relación al Otro, y la anorexia “de por sí no constituye estructura clínica alguna” (p.126). Sin embargo se suele remarcar cierta especificidad respecto de la misma cuando se presenta en el sujeto sin acompañamiento de demás síntomas.

¿En qué consiste esta especificidad? ¿Se trata de una mera manifestación histérica? La adolescencia entendida como un tiempo de inestabilidad, se inaugura con el sujeto percibiéndose como un extraño, situación esperable ya que las transformaciones sucedidas lo sitúan entre los márgenes del ya no de la infancia y el aún no de la vida adulta. Desde la perspectiva de Winnicott (1972) se podría utilizar el término crisis adolescente; definiendo a la misma como “un estado patológico normal, en donde lo anormal sería escapar a ese estado” (p.21); el mismo propone que la adolescencia “solo dura un tiempo y el tiempo es su remedio” (p.25).

La relación con los adultos pasa a ser conflictiva en la adolescencia, siendo necesario un cambio en el modo de relacionarse con los mismos. El joven necesita de un Otro que ceda espacio para conquistar lo extrafamiliar, pero también esté presente para confrontar y poder establecer la diferencia con él, comenzando así a situarse progresivamente como un adulto, siendo lo más propicio un Otro que rectifique y legitime al sujeto en tanto comprometido con la exogamia.

Desde los enunciados de Octave Mannoni (2001) se contempla que la mayoría de los análisis con adolescentes suelen emprenderse por medio de la solicitud de los padres o mediante el consenso con los mismos, ya que no es habitual que a sus espaldas el adolescente busque un analista sin su consentimiento. Naturalmente con la condición de que el analista no sea tomado como un aliado de la familia o como defensor del adolescente ante la autoridad parental; es posible configurar una demanda subjetiva y de esta manera comenzar el análisis.

Por el contrario, en la clínica con adolescentes con anorexia que son llevados por sus padres, vemos en el sujeto un cuerpo que posee un semblante cadavérico y que continuamente baja de peso, perdiendo progresivamente su condición vital, generando de este modo angustia y preocupación en sus allegados. La situación se puede presentar en diversos grados de gravedad, pudiendo en circunstancias extremas ser necesaria una internación contra voluntad o no, del adolescente. Sin embargo un signo clínico y de especial interés es que el adolescente en ningún caso, y por grave que sea, considera sintomática su condición, es decir que no se encuentra un malestar que pueda referirse como propio.

Fabiana Barroso (2021), analista que trabaja con adolescentes con anorexia, sostiene que la sumisión y obediencia se dejan oír en la consulta frente al discurso de los padres; mientras el joven simplemente reduce sus reclamos al grado mínimo, es decir no demuestra intereses o deseos en demás aspectos de su cotidianeidad. No obstante el pedido de alimentarse por parte del adulto se responde con una negativa; la anorexia se presenta como una posición difícil de doblegar sin importar los ruegos por parte de la familia; el sujeto reitera un cuerpo que amenaza con desaparecer y se ofrece a la mirada del Otro. ¿Qué es lo que busca el adolescente en esta posición?

¿Qué es lo que sucede cuando este rechazo o irregularidades frente a la alimentación, que implica la anorexia, se presenta mientras el sujeto está atravesando un proceso tan complejo y crítico como lo es la adolescencia?

Frente a su delgadez hay una completa ausencia de incitar libidinalmente el deseo del Otro o de responder a la presión de ideales sociales; sin embargo el cuerpo delgado tiene su pregnancia en el sujeto con anorexia; respecto de esto, Recalcati en su libro: *La última cena* (2011) remarca que hay una “amplificación del valor libidinal de la imagen” (p.109).

Es en efecto como el adolescente mediante dietas y ceremoniales pone un límite al apetito, un límite que controla el cuerpo y cuyo equilibrio se sostiene cuando responde a esta imagen del cuerpo delgado. La no coincidencia por el aumento de peso y las consecuentes redondeces ponen al sujeto en una situación de angustia. ¿Qué lugar tiene esta imagen de delgadez para el sujeto? ¿A qué se debe la preponderancia de la imagen?

Se puede observar que mediante la anorexia el sujeto restringe al cuerpo de un conjunto de transformaciones que tienen gran pregnancia en la adolescencia, dejando al mismo indiferente a la diferencia sexual, controlando el crecimiento y produciendo una regresión al cuerpo uniforme de la latencia.

El recorrido propuesto en este ensayo parte de una perspectiva psicoanalítica, y propone la adolescencia como un bucle recursivo para releer la historia infantil, poniendo a prueba la eficacia de un primer tiempo en donde a partir de ciertas operaciones psíquicas que no inscriben otra cosa que diferencias, el sujeto cuenta con marcas habilitantes para una potencial separación del espacio endogámico. Siendo posible que, por ciertas contingencias en la novela del sujeto el mismo no cuente con estas operatorias que también dependen de las circunstancias al momento de atravesar la adolescencia, se propone a la anorexia como uno de entre tantos recursos para arreglárselas con las demandas de la pubertad.

Los enunciados propuestos van a ser desarrollados con una lectura singular de la película *Hasta el Hueso*, ficción estadounidense estrenada en el año 2017 cuyo personaje principal, Ellen, es una joven de 20 años de edad que padece anorexia. Después de realizar diversos tratamientos sin haber obtenido resultados favorables, desde la intervención de su madrastra recurre a una clínica con un doctor poco convencional. La película fue escrita y dirigida por Martin Noxon, que se basó en su propia experiencia personal con anorexia.

IV. Adolescencia: llegar a ser Uno diferente del Otro

La adolescencia del latín *adolescens*, tiene como significación crecer y también estar ardiendo a diferencia del participio *adultus* que marca el haber dejado de crecer. Si bien el uso de esta nominación es más reciente y no se encuentra en la lectura Freudiana; en *Tres Ensayos de Teoría Sexual* (1986) el autor da cuenta de este segundo despertar sexual definiéndolo como *Metamorfosis Puberal*. El mismo se encuentra posterior al período de latencia en donde se constituyen los diques anímicos que reprimen progresivamente una primera sexualidad polimorfa, orientándola hacia fines no sexuales. La Pubertad emerge con la aparición de un nuevo fin sexual: la reproducción; la atenuación de las primeras pulsiones sexuales dirigidas a aquellos que proporcionaron los cuidados infantiles y la distinción de la nueva corriente sensual da lugar al rehallazgo de objeto más allá del edípico, abriendo un nuevo camino hacia la exogamia.

A pesar de ser nombrados como dos momentos, se comprende que no se trata de un corte, sino que el acontecer de lo nuevo no es sin lo recorrido hasta allí. Es así como en un pie de página de *3 Ensayos de Teoría Sexual* hay un agregado, con la cita de un pasaje de Lipschutz: “la maduración de los rasgos sexuales, tal como se produce en la pubertad, no consiste sino en el discurrir de unos procesos que se aceleran pero que ya habían empezado antes” (p.160).

La adolescencia es un momento de reestructuración subjetiva a la cual le es inherente una crisis. Silvia Amigo (2005) expone que lo real irrumpe y requiere de una nueva investidura imaginaria del cuerpo y la demanda del goce del Otro sexo impulsa al sujeto a acomodarse en un rol sexual masculino o femenino. Además, el adolescente deberá ir progresivamente asumiendo las responsabilidades y roles sociales que requiere para pasar a ser parte de la especie.

Desde la lectura de Fabiana Barroso (2021) se sostiene que el desenlace propicio de la adolescencia consiste en que el sujeto mediante estas operaciones psíquicas complejas pueda llegar a decirse soy uno diferente del Otro. Pero para esto el sujeto precisa de su novela edípica, produciendo una lectura retroactiva del lugar que él mismo ocupó en los ideales, deseos y goces parentales con los que se constituyó, para poder dar lugar a la construcción de un fantasma propio.

Dicho esto, ¿en qué consiste el fantasma?, Silvia Amigo (2005) lo define como “una respuesta que el sujeto se da a la pregunta enigmática por el deseo del Otro” (p.20). Pero para que el sujeto pueda responder debe estar posibilitada la interrogación por ese deseo. ¿Qué es lo que quiere el Otro de mí? Una formulación que se deduce del campo del Otro y lleva al menos toda la primera y segunda vuelta edípica.

Por lo tanto, si el adolescente puede dar cuenta de estas operaciones, la construcción del fantasma hará posible que el sujeto no quede a merced del Otro, que se extraiga de su campo y construya un sentimiento de sí, independizado de su mirada. Nada en la adolescencia está asegurado a priori; el armado del fantasma se entrelaza con las contingencias del sujeto en relación al Otro; no es lo mismo una madre atravesando un duelo puerperal en donde se le dificultó significar fálicamente a su bebé, o un segundo despertar sexual en donde el adulto no rectifique los cambios por los que está atravesando el joven y genere un entramado que lo siga situando como un niño, para citar algunos ejemplos.

En términos lacanianos, en la adolescencia el sujeto debe dar cuenta de ciertos títulos en el bolsillo, entendidos como operaciones psíquicas que habilitan, y contar con una posición del Otro que permita este pasaje, lo reconozca y acompañe. Es por esto que la adolescencia es terreno propicio para desencadenamientos o accidentes que pueden ser leídos como dificultades para responder a estas demandas. Adrián Grassi (2010) se refiere a ellas como actuaciones que recaen sobre el cuerpo como cortes, sin ser necesariamente declarados intentos de suicidio pero que ponen en riesgo su integridad; temores hipocondriacos; cambios bruscos de peso como obesidad; procesos adictivos que comprometen las funciones vitales como la anorexia y la bulimia; el desarrollo de enfermedades psicosomáticas, o incluso el desencadenamiento de psicosis.

La anorexia como problemática que se intenta ceñir en este ensayo se hace presente en la película Hasta el Hueso (2017). La misma tiene como protagonista principal, a una joven cuyo nombre es Ellen y que padece anorexia. Tiene 20 años y ha dejado la Universidad en donde estudiaba arte, encontrándose luego de varias recaídas nuevamente en un estado crítico que requiere de algún tipo de intervención. Si bien se encuentra en una edad en la que podría definirse como joven adulta, su anorexia comienza a los 13 años en el comienzo de su adolescencia, coincidiendo con el desencadenamiento de crisis subjetivas por parte de su madre en donde Ellen tuvo que ocupar un rol paternal, frente a la ausencia de su padre, con el cual su madre se había divorciado en su infancia.

V. La comida materna a través de los desfiladeros del significante

En algunos discursos suele leerse la anorexia como un síntoma contemporáneo y hay cierta reducción sociológica de plantearla como una enfermedad causada por la industria de la moda. Desde la exposición constante a las pantallas y las redes sociales, situación predominante en adolescentes, prevalece el ideal del cuerpo delgado, incluyendo un fácil acceso a dietas y prácticas de ayuno para modelar el cuerpo a favor de este Ideal. Desde los enunciados de Recalcati (2011), se formula que: “la pasión anoréxica por el espejo no se limita a reproducir la carrera colectiva y anónima hacia el ideal asexuado del cuerpo delgado” (p.90).

La búsqueda de este ideal como significante del deseo del Otro que aparece como

sexuado, no implica de por sí anorexia. El cuerpo delgado al que es impulsado el adolescente con anorexia es un cuerpo indiferente a la diferencia de los sexos, desvitalizado y que está reducido a piel y huesos; que no busca la gratificación del Otro, sino por el contrario su angustia.

Dadas estas aclaraciones y frente a la generalidad de los llamados trastornos de la alimentación, es necesario sostener ciertas diferencias en relación a lo que se define como anorexia en este ensayo. Para poder comprender mejor sus implicancias, se parte del interrogante ¿Qué significa comer?

Desde una lectura lacaniana, la alimentación del recién nacido en su estado de indefensión originaria depende de un Otro que se dirija a ese bebé, no hay nada de instintivo en el ser humano. Sus necesidades son tamizadas por los desfiladeros del significante mediante la lectura del Otro primordial; a su vez esta lectura, traducida en demanda es indescifrable respecto de lo que podría cubrirla; de esto trata la primera experiencia de la madre o del adulto que ocupe ese lugar, respecto de su hijo: le es imposible descifrar lo que quiere.

El Otro apuesta al recién nacido como parlêtre de la simbolización primordial y responde más allá de sus necesidades, instaurando el goce con fragmentos de palabra, acompañando con su mirada y el seno, abriendo así los apetitos pulsionales del bebé. La demanda al Otro se traduce en demanda de nada, la madre da lo que no se tiene al compás de sus presencias y ausencias, ya que por su marca significante siempre es otra cosa lo que se quiere.

Lacan, en el Seminario 10: La Angustia (2007), formula el seno como primer objeto oral demandado al Otro, el mismo se encuentra en un entre la madre y el recién nacido, es por esto que hace uso del neologismo separición. Como objeto recortado del campo del Otro el seno es en sí mismo un sustituto, el recorte de un vacío en donde el objeto a es introducido por el hecho de que ningún alimento jamás podrá satisfacer la pulsión oral del sujeto, sino bordear el objeto faltante eternamente. En otras palabras: “No se come solo para aplacar el hambre, se come para gozar, se come el vacío, pues el objeto que podría colmar el hambre está perdido por estructura.” (Recalcatti, M. 2011. p.95)

Por consiguiente la alimentación se aleja en el ser humano de lo instintivo, siendo a causa de la acción del lenguaje sobre el hombre, como no se relaciona con la cosa en sí misma que podría colmar el hambre, sino con objetos subrogados.

La comida es desde un comienzo la comida materna, que va a estar marcada por el modo en que se intrinquen las pulsiones cuando dé el pecho. Son experiencias fundacionales del acto de comer y de las relaciones del sujeto con el Otro primordial en las cuales debe encontrarse esta alternancia de presencia y ausencia.

Lo conflictivo suele estar con el malentendido; acerca de este último Silvia Amigo (2005) sostiene algunos indicadores clínicos: las situaciones en donde este fort-da no se ofrece y el recién nacido está colgado a la teta todo el día sin integrarse a un ritmo; también situaciones en las que el niño no es escandido por el significante ni bañado por la mirada; en ambos casos la comida solo es comida y se presenta aislada vectorizando un carácter tanático.

Considerando estos desarrollos, y remarcando el interés por la anorexia, se destaca que:

Rechazar la comida hasta morir es un comportamiento contranatura, frente al cual no se podría encarar la situación tratándolo como una patología del comportamiento alimentario, como si se pudiera normalizar la función del apetito. Los programas de reeducación cognitivo-conductual no sirven a la cura, ellos curan el hambre, pero el hambre está en la cabeza, no puede ser arreglada (Mannoni, O, 2001. p.50)

Como fue afirmado anteriormente, la anorexia puede ser un potencial fenómeno de cualquier estructura clínica, está vinculada al modo primordial de ingreso del Otro en la

conformación del sujeto. La delgadez extrema se puede presentar en depresiones severas y en algunos cuadros de psicosis, para nombrar algunos ejemplos; no obstante se suele remarcar cierta especificidad cuando se presenta como único recurso.

Tomando como camino entender la anorexia como posición subjetiva (Recalcati, M. 2011), se va a intentar ir más allá de este rechazo por la comida para poder ver cuál es el malestar que este síntoma representa en los jóvenes en un momento tan crítico como lo es la adolescencia; situación que requiere de la lectura de su relación con ese Otro Primordial.

VI. Desde los primeros tiempos: el niño en la novela familiar

Para todo sujeto es vital alojarse en el campo del Otro para poder constituir su subjetividad, pero para eso debe de haber un lugar disponible. Este lugar se construye en el mejor de los casos desde antes de su nacimiento, dando una primera modalidad de existencia del niño, en donde los primeros enunciados parentales que lo nombran posibilitan un sujeto a advenir; se trata del lugar del niño en el deseo de los padres.

Francoise Dolto (1973) en el prefacio de La primera entrevista con el psicoanalista de Mannoni, manifiesta que: “un ser humano, desde su vida prenatal, está ya marcado por la forma en que se lo espera, por lo que luego representa su existencia real para las proyecciones inconscientes de sus padres” (p.19).

Por lo tanto el deseo parental instala la marca de una historia, en donde se cifran expectativas e ilusiones alrededor de ese niño que es portador de una promesa y un proyecto: resarcir el narcisismo parental. Si bien con el tiempo y en el mejor de los casos, el mismo desilusionará esa promesa, es fundamental ese lugar donde se lo nombra y anticipa ya que permite un fuerte compromiso libidinal. Es así como el mismo al nacer ingresa como súbdito de un deseo alienado que lo antecede y es abrigado con esas expectativas.

Todo sujeto a advenir necesita tener un sentido para el Otro, significar algo para alguien para la estructuración de su subjetividad, el niño ingresa al mundo alienado a este sentido y a su campo de representaciones. Sin embargo, es necesario que se recorte como objeto del fantasma materno y pase a inscribirse como causa de su deseo, es decir empezar a poner en juego su singularidad con un más allá de este sentido materno. Lo que implica una segunda parte de la operación de alienación separación de Lacan; un vacío que diga que no a la satisfacción total de la madre con el niño: “te demando que rechaces lo que te ofrezco: no es eso” (Lacan, J. 2012. p.80)

Este segundo tiempo de separación requiere de lo que Lacan denomina el Nombre del Padre, función de la Ley de prohibición del Incesto que hace del hijo un Uno diferente al Otro. Si el sujeto puede apoyarse en el significante del Nombre del Padre, rompe el signo al cual estaba alienado y pasa a disponer de un S1. Se trata de la segunda identificación a lo Simbólico del Otro Real en donde toma un rasgo del padre (rasgo unario) por el que el sujeto se ha de representar; operación que permite desalojar al sujeto de ser lo que al Otro le falta soportando la caída de la imagen Ideal de ser Uno con el Otro.

Barroso Fabiana (2021) formula el Nombre del Padre como una función de corte que positiviza la sexualidad del niño, haciendo que los objetos pulsionales de la madre (voz, mirada, tacto) sean de la madre, y los objetos pulsionales sean del niño, separando la célula narcisista. De tener lugar esta operatoria, en donde el Nombre del Padre remarca lo que al niño no le es lícito ser. Siendo a partir del rasgo unario como núcleo del Ideal del Yo que “se donan las insignias con las que llegando a la pubertad, el adolescente debe de hacer su juego con el semejante” (p.135).

Como consecuencia, se entiende que gracias a este corte, la demanda deja de ser unívoca y el sujeto encuentra una falta en el Otro en donde en los intervalos de su discurso surge en la experiencia del niño algo que se podría formular como: me dice eso,

pero ¿Qué es lo que quiere?

Siguiendo estas puntuaciones, Lacan en el Seminario 11: Los cuatro conceptos fundamentales del Psicoanálisis (1989) sostiene que:

El sujeto aprehende el deseo del Otro en lo que no encaja, en las fallas del discurso del Otro...el primer objeto que propone a ese deseo parental cuyo objeto no conoce, es su propia pérdida- ¿puede perderme? El fantasma de su muerte, de su propia desaparición, es el primer objeto que el sujeto tiene para poner en juego en esta dialéctica. (p.214)

Es a través de la puesta en acto de: ¿puedes perderme? que el sujeto sostiene la interrogación por los significantes de la demanda del Otro, siendo el primer objeto que el sujeto ofrece para sostener el deseo del Otro, su propia desaparición. Pero no alcanza con que el sujeto se ofrezca a colmar la carencia del Otro con su afanisis, también es necesario que el Otro la acepte; es decir que el Otro debe dar muestras de que la desaparición del niño representaría una pérdida para él.

Si mediante la función de ¿puedes perderme?, secundaria a la instauración del Nombre del Padre, el Otro muestra su falta y aloja al niño a pesar de la separación y la diferencia, el mismo será significado fálicamente. Es decir, que el niño continúa siendo sostenido, a pesar de no ser Uno con el Otro; y será cuidado y amado pero no cosificado, adosado a su madre, pudiendo entrar así en la circulación social.

Se trata de tiempos instituyentes y de marcas fundantes que producto del proceso de identificación habilitan hacia la tercera identificación, que hace posible la incipiente construcción de un espacio y tiempo propios, por fuera del endogámico. No obstante puede ocurrir que por ciertas contingencias de la vida, el sujeto haya estado implicado en una dialéctica conflictiva y haya tenido dificultades con la posibilidad de ser significado fálicamente; respecto de las mismas en Dos notas sobre el niño (1988), Lacan expresa que:

Cuando la distancia entre la identificación con el Ideal del Yo y la parte tomada del deseo de la madre no tiene mediación (la que asegura normalmente la función del padre) el niño queda expuesto a todas las capturas fantasmáticas. Se convierte en objeto de la madre. El niño realiza el objeto a en el fantasma, sustituye a este objeto. Satura de este modo, sustituyéndose a ese objeto, el modo de falta en que se especifica el deseo (de la madre), sea cual fuere la estructura especial de este deseo: neurótico, perverso o psicótico. (p.56)

Quedar capturado en el fantasma materno puede suceder tanto en situaciones en donde la madre considera al niño una extensión de su cuerpo y lo abrumba con su goce fálico, sin dejar lugar a un espacio propio y sintiendo al niño como una pertenencia; como también puede ocurrir en situaciones en donde el Otro no haya tenido los investimentos necesarios para recibir a ese niño; desde dificultades frente a la maternidad, como depresiones posparto, o podría también suceder frente a duelos que fueron llevados a cabo en esos momentos.

No es lo mismo quedar tomado como objeto del fantasma del Otro que recortar un objeto del campo del Otro que pase a inscribirse a cuenta del sujeto como causa de su deseo. Abrumado por el goce fálico del Otro el sujeto no encuentra posibilidad para preguntarse ¿qué me quiere? ¿Qué soy para ese Otro?, operación lógicamente necesaria para la constitución de un sujeto deseante.

En el film Hasta el Hueso, se encuentra una madre que asume haber estado atravesando una depresión posparto durante el nacimiento de la joven; y un divorcio durante los primeros años de Ellen. Estas puntuaciones son necesarias para poder considerar el modo en que se vinculó el niño en sus primeros tiempos, habiendo remarcado anteriormente que la alimentación depende de ese Otro, y siendo la adolescencia un momento en donde el sujeto se interroga que fue para el Otro en los

primeros tiempos de su constitución, insertando al sujeto así en su novela familiar.

VII: El Cuerpo como lugar del Otro

La anorexia sostenida como posición activa de rechazo frente a la comida, se sirve del control del hambre, para poder indirectamente controlar el cuerpo. Un cuerpo que tiene como meta borrar sus relieves, achatar las formas y afinar el espesor, dando lugar con su excesiva delgadez a un extravío de su condición vital.

En los distintos personajes que presentan cuadros de anorexia y bulimia, internados en el mismo Instituto que Ellen, se muestra lo que Recalcati (2011) propone como una vivencia delirante del cuerpo. Los huesos que se remarcen a partir de la excesiva delgadez, se contemplan con admiración permitiéndole al sujeto acercarse a una imagen Ideal que le genera cierto sentimiento de permanencia. En cambio el exceso de carne, corrompe el equilibrio, en una experiencia en donde el cuerpo se pierde precisamente como cuerpo.

A pesar de los comentarios que hacen los doctores a los pacientes, se expresa en el sujeto con anorexia una desensibilización progresiva y cierta dificultad de asumir los riesgos que conlleva sostener esta posición. La cantidad de internaciones son comentadas como logros, sin la preocupación de las secuelas que pueden dejar las mismas; sin embargo es a resaltar el lugar que ocupa la angustia de los allegados de la joven. Frente al sujeto con un cuerpo que amenaza con seguir restando en su peso y dejar de funcionar, la madre de Ellen la abraza con angustia y le pregunta: ¿Por qué?

Para poder abordar el lugar del cuerpo en la anorexia y el valor que posee la mirada del Otro; es necesario destacar que el cuerpo no es nunca sin el Otro, siendo el mismo a construir mediante y gracias a este Otro, intrínsecamente a la constitución subjetiva. Partiendo de los enunciados de Lacan en el Seminario 14 (2012) “El cuerpo está hecho para que algo se inscriba. El cuerpo está hecho para ser marcado”. Estas marcas a las que se refiere, no son más que las marcas del significante que dan cuenta de la dependencia estructural del cuerpo al lenguaje, y están dadas desde el lugar del Otro. Siendo desde los primeros cuidados como la realidad orgánica del recién nacido es subvertida por el impacto del habla del Otro, que introduciendo sus necesidades en los desfiladeros del significante, y con sus cuidados da lugar a las inscripciones psíquicas de esas experiencias. Hay un vaciamiento del goce del cuerpo como efecto de este tratamiento significativo, inaugurando así la falta, agujereando y marcando el cuerpo, siendo así a partir de estos acercamientos con el Otro como la pulsión: “montaje a través del cual la sexualidad participa en la vida psíquica” (Lacan, 1995. p.183) traza el recorrido de las zonas erógenas. Ahora bien, este primer acceso al cuerpo simbólico, que proporciona una superficie o imagen real, se encuentra fragmentado en zonas erógenas y resulta lógicamente inaccesible como imagen unificada de sí, y no permite al bebé percibirse como tal, es decir, él no sabe que tiene un cuerpo.

Para intentar dar una respuesta a como el Yo y el cuerpo se asumen en una imagen, Lacan (2009) se sirve del artificio del Estadio del Espejo para intentar dar una respuesta, en donde propone que es frente a la prematuración natal y fisiológica en donde el niño cuenta con un cuerpo fragmentado, gracias a la posición del Otro Simbólico primordial que le muestra su Gestalt Ideal mediante el espejo, que la imagen del cuerpo del niño se organiza en forma inaugural y anticipada. El individuo se fija en una imagen que en realidad

es una ilusión, más constituyente que constituida, gracias a la exterioridad que ratifica mediante el lenguaje y la mirada que es él mismo.

El estadio del espejo desde los enunciados de Karothy (2001), puede definirse como un acontecimiento, ya que produce un antes y un después en donde el sujeto adquiere una

imagen unificada del cuerpo. Este momento podría entenderse como “el Yo Ideal, que es la identificación constitutiva del yo en el plano imaginario, sostenida por la imagen del cuerpo y determinada por la mirada deseante del Otro”. (p.110)

De este modo se remarca lo esencial del lugar del Otro que sostiene al niño; el mismo se mira en el Otro materno, y la madre a su vez, si sostiene al niño como objeto fálico de su deseo, se mirará en los rasgos del niño como proyección de su narcisismo, proporcionando una estructura humanizante. ¿Pero cómo sale el sujeto de esta imagen alienante y fundante que los vuelve Uno al sujeto con el Otro?

En el Seminario 10 La Angustia (2007), Lacan propone el objeto a como su único invento, irreducible a la simbolización y como aquello que hace pivotar la dialéctica imaginaria. El mismo encuentra un límite, un corte en la imagen plana, que aparece bajo la forma de falo (-phi) como resto irrecuperable de la simbolización.

En el cuerpo como unidad especular, el falo aparecerá bajo la forma de una falta, siendo una reserva operatoria que no solo no está representado en el plano de lo imaginario, sino que está cortado de la imagen especular. No todo entra en la imagen del espejo plano, la consecuencia es que la imagen sea imagen y no doble, quedando así algo no reconocido por el Otro. Esto irreducible permanece investido en el propio cuerpo, aquello que Freud caracteriza como reserva libidinal. Lo real que no es capturado por la imagen ni por el significante, que nada tiene que ver con el otro semejante, el sujeto lo sustrae de suturarlo con un yo no soy eso.

Silvia Amigo (2005) desde su lectura de Lacan, afirma que para que esta falta se inscriba, y el sujeto salga de esta alienación, es necesario que lo imaginario esté normativizado por el Nombre del Padre que “inhibe de capturar por entero la imagen del niño en el espejo, en la densidad del goce del Otro” (p.117). Esto quiere decir que la castración en lo simbólico tiene que alcanzar su retraducción en lo imaginario, generando un agujereamiento de este registro.

De esta manera, la letra (-phi) demarca aquello de cual el Otro no se apropió, la falta en la imagen para no transformarse en objeto del Otro. Habrá una báscula entre este Yo especular o Ideal que funciona como velo del cuerpo y ese Yo Real que lo hace devenir único, haciendo al sujeto independiente de la mirada del Otro y fundándolo en su singularidad. Por estas razones, Guy Le Gufay (1998) enuncia que si el niño gira la cabeza al mirarse al espejo “es porque allí algo de él, no es él, algo no se refleja, no ingresa en la imagen, aparece un blanco que constituye lo más propio de sí mismo” (p.112).

El Ideal del Yo regula al sujeto con una mirada amable, sostiene al niño a pesar de la distancia entre las perfecciones aspiradas por sus padres y el niño real que adviene. No obstante puede ocurrir que las condiciones no sean las mencionadas y el sujeto no sea amado por el Ideal Parental, siendo regulado de esta forma por el Superyó; respecto de estas situaciones Fabiana Barroso (2021) remarca:

Si el sujeto queda a merced del Super yo, conmina al sujeto a ajustarse a lo que se le demanda desde el imaginario parental, complicando la constitución del narcisismo del niño y añadiendo gravedad a la estructura (p.135)

Las consecuencias a las que se arriba son que cuando lo imaginario está normativizado no es completo; el objeto a hace agujero, siendo lo real lo que le permite un escape a esa profunda alienación en la imagen que determina el Otro. Esto implica que el cuerpo del niño hace de soporte al objeto fálico del deseo materno, resulta alienado a este campo del Otro primordial, pero de ese encuentro queda por fuera algo de la captura alienante del Otro, este resto, un real irreducible que le permite sustraerse al Ideal que el Otro exige al sujeto, a todas estas expectativas sostenidas desde antes de su nacimiento, un algo que debe quedar fuera de la captura alienante del goce materno.

VIII. La pregnancy del espejo: la imagen del cuerpo delgado

Los cuerpos delgados se encuentran en varios de los dibujos que hace Ellen constantemente; situación que la llevó en un primer momento a crear su blog. Cuando conversa con el doctor dice que solo dibuja lo que conoce, dando a entender la familiaridad que esta imagen le devuelve.

Las dietas y el peso son los ejes sobre los que se debate la vida de la joven; los pensamientos cíclicos acerca de las calorías que contienen los alimentos que aprendió de memoria, los dibujos que hace cuando no puede dormir y representan lo que desearía en ese momento, admitiendo que tiene hambre, hacen del comer una situación trascendental para la misma. Es por esto que también hay un intento de esquivar los almuerzos y cenas en grupo, ceremoniales que la expondrían a la tentación y la alejarían de este cuerpo delgado.

Ellen necesita coincidir con esta imagen; la prueba que hace todas las noches cuando utiliza sus dedos para medir el grosor de su brazo da cuenta de ello. Frente a la balanza se asoma una mueca de satisfacción cuando en vez de lograr el cometido de aumentar de peso, simplemente baja, dejándola hacia el final de la película cerca de una intubación por extrema delgadez.

La cantidad de veces en que la joven fue internada a causa de su bajo peso, alimentada mediante una sonda nasogástrica expresan una imposibilidad de sostenerse en este círculo de repeticiones. Sin embargo, ella admite que no puede parar de hacerlo y que no se siente tan enferma, dando el carácter de impulsivo a estas acciones y una ausencia de malestar frente a su estado. Cuando llega al internado y se encuentra expuesta a la necesidad de aumentar de peso, ante cada subida, el masoquismo moral la lleva mediante laxantes, haciendo abdominales mientras los demás duermen, y corriendo hacia el restaurante con su amigo, a poder volver a bajar de peso.

La piel y el hueso se transforman así en el contorno y soporte de su cuerpo; haciendo que sentirse bien o mal anímicamente esté anudado al resultado de estas prácticas. Volviendo al lugar de la adolescencia se presenta en este período una Resignificación del Estadio del Espejo, es decir, que la masa de transformaciones del cuerpo es necesario velarla con imágenes, es por esto que el adolescente recurre a un aumento simétrico del registro imaginario para reconstruir la imagen corporal. Sin embargo en la anorexia vemos una mayor acentuación de este registro y la imagen asume una especie de valor absoluto, en otras palabras, la imagen del cuerpo delgado cobra su pregnancy. Recalcati (2011) formula que en la anorexia se encuentra un goce por la imagen del cuerpo, argumentando que esta última se convierte en un lugar investido libidinalmente, es decir que el sujeto toma esta imagen del cuerpo delgado como un objeto libidinal, un Yo Ideal constituido por toda clase de perfecciones frente a la cual genera un sentimiento de júbilo.

La imagen del cuerpo delgado se autonomiza y funciona desde la perspectiva de este autor, como un doble especular, una especie de objeto, pero no como en la paranoia que asume el rol de perseguidor; sino que esta imagen es una prótesis imaginaria que le da al sujeto unidad y lo sustrae de la castración. Siendo la anorexia una tentativa a oponerse a la pérdida en la imagen, no hay falta, sino que hay un intento de hacer coincidir una imagen narcisista con el Yo del sujeto.

Mientras tanto, Silvia Amigo (2005) interpreta lo que sucede en la anorexia, como un fracaso en la escritura de la falta; ese agujero que debería de descompletar el registro imaginario. "Si el sujeto no puede llevar a cabo la segunda identificación a lo simbólico del Otro real, entonces no va a poder enmarcar los agujeros del cuerpo ni constituir el marco escritural del fantasma" (p.26)

Volviendo sobre los desarrollos anteriores sobre la importancia del Estadio del Espejo con sus dos funciones fundamentales: la de posibilitar el reconocimiento del sujeto y asegurarle un dominio del cuerpo; y en relación a estas premisas, es posible conjeturar que hubo en el sujeto con anorexia ciertas dificultades para investir libidinalmente la imagen del niño. Si desde el lugar del Otro no se encuentra esta mirada amable, y frente al niño real el juicio o el rechazo lo envuelven, el Superyó como agente del imperativo moral lo empuja a intentar coincidir con el Ideal del que no puede separarse.

Desde los postulados de Recalcati (2011) en la anorexia el sujeto parece fijado a una construcción patológica del Yo Ideal que impide la construcción simbólica del Ideal del Yo. Esta imagen se ubica como fundamento para la voluntad de adelgazamiento, haciendo que el sujeto deba coincidir con la misma. Hay un intento de dominar este Ideal por medio de la privación, sometiendo el apetito, y de esta manera el cuerpo pulsional; pero la tiranía de la imagen siempre se resuelve con un menos haciendo difícil al sujeto encontrar el límite a su anorexia.

Es a partir de estas dificultades, que en la anorexia se podría argumentar esta vivencia delirante del cuerpo; que hace que el espejo le devuelva una imagen monstruosa al sujeto si no está ajustada a la del cuerpo delgado, imagen a la cual nunca accede por completo, pero consigue satisfacer si se acerca mediante este menos; en esto radica toda la percepción distorsionada y delirante del cuerpo. El drama en la anorexia es que el cuerpo vivo es heterogéneo a esta imagen de excesiva delgadez, y en el caso de la adolescencia, no permite el desarrollo de los caracteres sexuales secundarios que ocupan un lugar importante en la asunción del sexo.

IX. Más allá del Fantasma parental

Frente a los repentinos y progresivos cambios corporales de la pubertad que culminan en la conformación sexual definitiva y las nuevas pulsiones sexuales de meta no inhibida, el Otro reaparece como sexuado, comenzando en este período a jugar un rol importante el lugar del semejante. Destacando el pasaje hacia lo extrafamiliar, Rodolfo (1992), da importancia al lugar del amigo íntimo que funciona como un articulador que acompaña y suaviza la conquista de nuevos espacios sociales, haciendo que lo familiar devenga extraño.

Sin embargo, aunque el desenlace de la adolescencia culmine con un duelo por el lugar parental, estos últimos, que constituyeron el apuntalamiento narcisista en la primera infancia continúan siendo necesarios. Recalcati, M (2011) anuncia como separación a esta temporalidad específica de la adolescencia en donde se reactiva el conflicto edípico. Este último se podría comprender como una resignificación de la castración; es decir que el sujeto debe contar con aquellas operaciones psíquicas que lo constituyeron como sujeto y dejaron lugar a un resto no apropiado del campo del Otro, para mediante esta segunda vuelta edípica terminar de confirmar su singularidad.

Para poder comprender mejor el lugar del Otro parental, desde los enunciados de Winnicott, se formula que la relación con los padres en la adolescencia para a ser conflictiva, porque el adolescente necesita de ellos pero mediante una presencia ausentada. El mismo necesita ser acompañado por sus padres para que sus miradas le confirmen que sigue siendo él pero está cambiando; pero también requiere de un espacio, una hiancia para poder diferenciarse.

El lugar del adulto también debe ser considerado como apoyo para la confrontación, inherente a la adolescencia y denominado socialmente como rebeldía. "La confrontación se refiere a una contención que no posea características de represalia ni de venganza, pero que tenga su propia fuerza" (Winnicott, D. 1972. p.193).

Se trata de que el adolescente encuentre un adulto frente al cual exista el desafío de

poder encararlo, una balanza entre madurez e inmadurez y una agresividad que se debe mantener en el terreno de la fantasía. La confrontación en términos de Winnicott, como un espacio transicional en donde el sujeto pueda ir asumiendo gradualmente la diferencia y la madurez de un adulto, siempre y cuando este último legitime su posición, siendo esta la manera de ayudarlo a ingresar en nuevos roles y responsabilidades sociales.

Esta temporalidad de separación, sostenida por el lugar del adulto, se dirige hacia la necesidad del adolescente de desanudarse de las propuestas originarias, apropiarse de su palabra como recurso y mediante la búsqueda de representaciones e ideales por fuera del círculo parental, hacer la asunción de un nuevo proyecto identificador del cual el joven será ser el único signatario.

Cabe remarcar nuevamente que la adolescencia no implica un determinismo; el sujeto puede haber tenido ciertas dificultades en su novela familiar en la infancia pero contar con otras herramientas al momento de atravesar la pubertad, o por el contrario encontrarse con ciertas contingencias al momento de la adolescencia. Maris Stela Firpo (2015) comprende a la misma como una temporalidad retroactiva en donde el sujeto “elabora acontecimientos pasados, y es esta elaboración la que le confiere un sentido e incluso eficacia o un poder patógeno” (p.38)

La adolescencia es un tiempo que también conmueve a los padres en su historia infantojuvenil, es decir que también los lleva a recordar y releer su historia y como transitó el adulto este pasaje, incidiendo así en el joven.

Durante la adolescencia no es lo mismo un Otro que sancione o no este tiempo de separación, que lo haga con una mirada hostil o amable, con el uso de la amabilidad o por el contrario con el de la rivalidad. La adolescencia no es sin un Otro que reconozca a un nuevo sujeto; le permita confrontar y soportar la diferencia. Si el niño está sumido, en una relación asimétrica con el adulto y no se le permite salir, ¿cuáles son las implicancias de la no autorización hacia la adultez?

En el comienzo de la película, se encuentra la figura de la protagonista en una clase de arte en la institución en donde estaba internada. La joven hace un cartel cuyo enunciado: chúpame los raquícos huesos, afirma un momento de rebeldía por el cual es echada del programa para jóvenes con anorexia. Frente a esta expulsión solo le queda ir por un taxi hacia la casa de su madrastra; en donde frente a sus preguntas por la figura de su madre, solo consigue que ella no puede ocuparse ahora de su situación.

En el discurso de su madre Ellen es una joven sensible, creativa e inteligente. Jamás se hace alusión a estas dificultades por las que estuvo atravesando en los distintos internados, ni tampoco al pesimismo que suelen remarcar los doctores; son enunciados que parten del Otro y la nominan con la dulzura de una niña.

Frente a estas circunstancias de su segunda vuelta edípica podría formularse como interrogante: ¿Que soy yo para el Otro si el Otro no me ve?

Al comienzo de su adolescencia, la madre de Ellen atraviesa ciertos momentos de crisis, entre ellos algunos episodios psicóticos, en donde se menciona que ella escribió su propia biblia en las paredes. En esos momentos la joven debió ocupar un rol parental; estando en una convivencia con ella, sin poder contar con este Otro que acompañe su recorrido y ocupe las funciones mencionadas, siendo esta preadolescencia el momento en donde se desencadena su anorexia. ¿Cuáles fueron sus posibilidades de encontrar a un adulto que ocupe este lugar? ¿De qué manera formuló como interrogante el lugar que ocupó durante el primer tiempo de su infancia, con sus nuevas dificultades en la adolescencia?

En la ficción se presenta a la protagonista en una especie de vínculo afectivo con otro hombre, Luke, compañero dentro de la residencia. Con él tiene una conversación íntima acerca de su relación con los hombres, frente a la cual ella expresa: Cuando te crecen los senos es temporada de caza, ustedes los hombres son bastante asquerosos

En la adolescencia el lugar del Otro parental cobra su preeminencia frente a la posibilidad del sujeto de rearmar y reasumir la imagen en el espejo. Se trata de que el Otro la legitime para que el adolescente comience a ejercer una sexualidad normativa; al aceptar devolver una imagen de hombre o mujer el Otro volvería a perder al niño como objeto de su goce. Desde los postulados de Silvia Amigo (2005):

la reescritura de (-phi), permite normativizar el campo imaginario, dando a la presencia corporal el brillo amalgámico que facilitará el encuentro con el Otro sexo...ese resto (-phi), será núcleo de la sexualidad, en el sentido en que es desde ese resto (-phi), es que la imagen emitirá su encanto amalgámico, encanto que abrirá a la relación con otros (p.185)

Se comprende de esta manera que esta nueva vestidura de lo real, le permite al adolescente asumir un rol masculino o femenino como pantalla frente al semejante, siendo crucial la intervención del Otro parental, que mediante el lenguaje puede aportar tanto una nominación amorosamente normativa, como una injuria o un rechazo a la mutación del niño en púber o sexuado.

En la anorexia este cuerpo olvidado de la diferencia sexual remarca la dificultad para contar con este título dentro del plano imaginario, encontrándose Ellen, de esta manera, aún por fuera de estos intercambios con los semejantes.

X. Anorexia en la adolescencia: en la espera de un signo de amor

Dentro de las escenas a destacar en la película, se encuentra el día de terapia familiar programada por el psicólogo para llevar adelante el tratamiento de Ellen, a la cual asisten la madre de la joven con su pareja mujer; su hermanastra y su madrastra. Cuando comienza la sesión la palabra es tomada por la madre y luego por las demás mujeres mayores en diálogos en donde se refieren a Ellen de manera indirecta, y los cuales culminan con una discusión acerca de quién debería hacerse cargo de la enfermedad de la joven ya que se presenta como una dificultad en la cotidianidad de las parejas. Frente a la discusión, el psicólogo interrumpe y le consulta a Ellen que es lo que siente respecto de lo que dicen las mujeres, a lo que la misma responde: lamento ya no ser una persona y ser un problema.

Ellen se ve configurada como un problema cuando demanda a sus padres su presencia, una demanda indirecta dada por los médicos cuando es internada y no se adapta a sus normas, no aumenta en su peso, no come. Hacía meses que no veía a su madre, la cual tampoco apareció el día en que fue expulsada de la anterior institución; y solo se presenta frente al llamado del doctor para que acuda a la terapia de su hija. La anorexia persiste como único recurso, posición que no se puede doblegar y la arriesga a su propia muerte. ¿Qué es lo que busca Ellen del Otro?, refiriéndose a su madre la joven en su discurso insiste: ¿va a venir?

Se podría pensar que si toda demanda se estructura hacia un Otro que se posiciona como castrado, la demanda se responde mediante lo que en términos lacanianos es el don de amor, infiriendo que donar amor, es dar al Otro no algo, si no lo que nos falta, es dar al Otro nuestra falta. Esa falta que se ofrece al sujeto para alojarlo y frente al cual el niño/adolescente vale algo para el Otro, cuenta para el Otro y le hace falta. Se trata de una demanda que al igual que en la alimentación, va más allá de las satisfacciones que reclama.

Desde los enunciados de Hekier, M (1996), se postula que en la anorexia se está “enfrentado a un Otro particular con el que el sujeto establece un vínculo como de quedar a merced” (p.82) Un Otro que responde dentro del orden del tener, como si fuera una especie de bolsa a llenar, haciendo que el sujeto se sostenga como un objeto de goce

frente al cual las respuestas que aporta son absolutas.

Recalcatti, N (2011) postula que en la anorexia “algo de esta metáfora paterna se inscribió demasiado débilmente. El deseo de la madre no estuvo lo suficientemente barrado, limitado, contenido por la función paterna” (p.124). Sin embargo no se trata necesariamente de una forclusión, sino más bien una debilidad en el ejercicio de su función ordenadora respecto de este deseo.

Comprendiendo esta Función Paterna como una función que introduce la separación y permite la disposición del sujeto a ofrecer la propia falta; frente a esta dificultad el Otro se presentará como un Otro pleno, cuyas palabras funcionarán como mandato. ¿Qué es lo que sucede cuando el Otro responde dentro del registro del tener y no en el registro del ser?

Durante el período de latencia, en el mejor de los casos el niño ha sublimando sus pulsiones hacia metas no sexuales, mediante el predominio del período escolar, y se sostiene respondiendo y satisfaciendo las expectativas del Otro. Sin embargo, cuando llegando a la adolescencia el sujeto necesita dejar de responder desde el fantasma parental y requiere de esta resignificación de la castración, se ve impedido en una impotencia radical, ya que no cuenta con las operaciones habilitantes.

Fabiana Barroso (2021), psicoanalista que trabajó con adolescentes en situaciones graves de anorexia que requirieron internación relata a partir de su trabajo que:

Es frecuente que los padres nos cuenten que sus hijos discurrieron la niñez sin dificultades, que fueron aplicados, obedientes, silenciosos...Por eso, al llegar a la pubertad no entienden porque estallan. Algo no puede ser regulado, se vuelve desmesura, y la anorexia mental se vuelve una salida”. (p.203)

Si el adulto solo ve al adolescente dentro de lo que podría proporcionarle, el conflicto fundamental con el Otro produce que la comida dada por el Otro sea introyectada, percibida como abusiva, violatoria.

Respecto de este modo de vincularse, suelen ser familias que muestran una negación de lo evidente del cuerpo del adolescente o que sostienen una protección del síntoma, aludiendo que con el tiempo mejorará. Situación metafóricamente presentada por la figura de su madrastra, quien apenas la joven es expulsada del internado se contenta con comprar un pastel que tiene como enunciado: ¡Come Ellen!, sin dar cuenta de la gravedad de la situación.

¿Pero qué es lo que sucede cuando el adolescente rosa el límite y pone en peligro su propia vida?

Son estas situaciones en donde la madre de Ellen expresa su angustia frente ella; se puede comprender que la anorexia no es una consecuencia frente al Otro que responde dentro del registro del tener, sino que es un intento de subversión de este régimen. Con su acto de restricción alimentaría el sujeto intenta crear en el Otro angustia, un agujero, ponerlo en falta. Esta maniobra, implica una operación sobre el cuerpo que permite sostener el deseo por la vía de que ese Otro esté permanentemente vigilante, anhelante, amenazando de que le falte.

Sin embargo, ¿Por qué la anorexia no debería considerarse una histeria y debería remarcarse su especificidad?

Silvia Amigo (2005) propone que la histérica cuenta con una multiplicidad de objetos que signifiquen para la vida esa falta en el Otro. En cambio en la anorexia el sujeto solo puede ofertar su propio cuerpo ya que hay una “detención del fantasma, en su tiempo narcisista” (p.139). La anoréxica oferta el cuerpo, su propia desaparición, “sin poder avanzar hacia la parcialización del objeto” (p.139).

Siendo el Nombre del Padre el que permite la salida del espejo, frente a dificultades por la normativización del registro imaginario, el cuerpo se hace uno frente al Otro. Es así

como el adolescente lo único que posee para faltar es su propio cuerpo, arriesgando así a su propia muerte y haciéndose ella misma el objeto que puede faltarle al Otro.

Para el paciente con anorexia su estado no es un problema, lejos está de sentir su situación como fuente de algún malestar, es por esto que se toma la noción de Barroso (2021) de definir la anorexia como una condición de existencia, una especie de solución y como única manera que concibe para faltarle al Otro, volverse invisible para de esta manera poder ser visible y conmoverlo en su indiferencia.

Lo que hace el sujeto en esta posición subjetiva es demostrar la heterogeneidad entre la demanda y el deseo; a través de la negativa a alimentarse el adolescente puede desautorizar al adulto, no pertenecerle. Mediante su lema yo como nada, el sujeto intenta representar no un vacío anatómico, sino la llamada por Lacan: falta en ser. La nada como aquello que le permite sustraerse de lo que el Otro le da, y de la cual se sirve para sostener

la posición de sujeto deseante; en la anorexia el sujeto quiere nada porque ninguna cosa podrá jamás saturar la medida de su deseo, y siendo esta nada la única manera de exigirle su signo de amor.

XI. Consideraciones Finales

Para comenzar, es desde una lectura singular del film Hasta el Hueso que en este ensayo se propuso leer la posición subjetiva del personaje principal, Ellen, adolescente con anorexia, en donde a partir de diversas escenas se proponen desarrollos que puedan dar cuenta del padecimiento y los inconvenientes de sostener esta posición.

Habiendo una falta de interés por parte de Ellen de todos aquellos asuntos que no entren en relación a sus dibujos de cuerpos delgados, con anterioridad publicados en su blog, los intercambios con los demás jóvenes de su edad suelen estar limitados al discurso alimenticio. Su amistad con Luke, que se desarrolla a lo largo del film, denota cierta fragilidad en el vínculo ya que la preponderancia siempre está dada por la célula familiar a la cual la joven siempre retorna, tanto en momentos de necesitar Luke su apoyo frente a malas noticias en torno a su futuro como bailarín, como también cuando ella necesita de alguien en momentos de malestar emocional en su estadía en el Instituto.

La protagonista se encuentra detenida en un presente cuya única meta es mantener su cuerpo dentro de los límites de la vitalidad, siempre clamando por un menos en el peso que le devuelve la balanza, presenciando distintos programas para jóvenes con anorexia sin demostrar intentos por cambiar este modo de estar.

En cuanto a la adolescencia, situada desde el comienzo del escrito como una crisis, el drama subjetivo estará dado a partir de la emergencia de un nuevo cuerpo que necesita velar con imágenes y una gradual adquisición de nuevas responsabilidades sociales que lo sitúan como un potencial adulto. Para estas tareas, el sujeto se abrirá en la búsqueda de nuevas identificaciones que le permitan ir construyendo una nueva identidad, alejada de aquella que lo acompañó durante su infancia y más propicia para este pasaje.

El/la adolescente dentro de esta temporalidad lógica, se separa progresivamente del espacio familiar recurriendo a su grupo de pares, cuya importancia es fundamental para comenzar a habitar estos nuevos espacios. Mediante la categoría del nosotros el joven encuentra un acompañamiento, ante distintas experiencias en las que ensaya maneras para situarse, con cambios constantes en sus actuaciones, elecciones de vestuario, y transgresiones a lo establecido y heredado familiarmente, para poder comenzar a diferenciarse.

Es a partir de estos señalamientos, como los interrogantes rondan en relación a ¿Por qué no encontramos estos recursos simbólicos en las experiencias de Ellen que muestra

el film?, e incluso a partir de formulaciones de otros autores ¿por qué la adolescencia puede ser un terreno propicio para que ocurran estos desencadenamientos? , entre ellos la anorexia.

Se propone que ante estos momentos de inestabilidad, el/la adolescente requiere de operaciones habilitantes para estos trabajos simbólicos, las cuales estarán entrelazadas con aquellas figuras que acompañaron al sujeto en su infancia y de las cuales requiere también en su adolescencia. Se trata de los adultos, que pueden ser sus padres, cuya función de sostén y de rectificación frente al proceso que el joven está atravesando, permite este espacio de ensayos.

Estas operatorias que lo habilitan consisten en que el/la adolescente deba dar cuenta mediante una lectura retroactiva de su novela familiar, de aquello de lo cual el Otro no se apropió y que le permitió empezar a hacer uso de su singularidad. Es decir, en estos primeros tiempos, frente a la alienación fundante y constituyente en donde el sujeto emerge como objeto de un deseo parental que lo antecede, fue necesario un duelo que permita una distancia respecto de las representaciones idealizadas que los padres tenían del niño y aquella imagen que lo sostuvo, para que algo del deseo del sujeto se ponga en juego.

Asimismo, en este segundo despertar sexual, el Otro parental debe aceptar perder nuevamente al niño de la latencia, permitiendo este pasaje paulatino hacia la adultez, situación que realiza si reconoce estas nuevas imágenes que propone el adolescente para velar su cuerpo con su progresiva toma de decisiones que le son propias.

Sin embargo, ¿qué es lo que sucede cuando en un momento tan crítico como lo es la adolescencia se presenta en el joven la anorexia?

La protagonista reincide en varias restricciones a la hora de alimentarse, contando cada caloría de lo que consume y sin excederse, ya que si lo hace, una vivencia de exceso la llenaría de angustia, con la emergencia de sanciones que la llevarían a volver al estado inicial. Toda su existencia se sitúa en relación a la posibilidad de comer o no comer, situación que no puede controlar.

Ellen accede a las redes sociales solo para encontrar información en relación a cómo mantenerse delgada, no obstante una de las escenas a remarcar, apenas sale del internado del cual fue expulsada en un principio, la joven directamente apunta al perfil de Facebook de su madre a ver las fotos que sube en su cotidianeidad, encontrándose ella por fuera de sus intereses momentáneos.

De acuerdo a los autores recorridos se argumenta que el conflicto en la anorexia se produce a partir de encontrarse el sujeto enfrentado a un Otro que no muestra su falta, esta falta que le permitiría al adolescente alojarse en ella. Si esto ocurriese, y el Otro se mostrase atravesado por la castración, toda demanda por parte del adolescente se configuraría como demanda de nada, y sus padres responderían más allá de las necesidades que pueden colmar, ofreciendo al niño/ adolescente lo que no tiene, su signo de amor, para que pueda sentirse deseado.

Esta dificultad hace que las palabras que provienen del Otro se presenten como mandato frente al joven, respuestas que son absolutas y desde las cuales no podrá desarrollar todo eso.

No obstante la anorexia no se comprende como una simple respuesta frente al Otro, sino que consistiría en un modo de revertir esta posición. Siendo el fantasma de su muerte que propone Lacan en el primer tiempo de su infancia, en donde el sujeto busca esa falta en el Otro, como en la anorexia se reitera a la espera de una respuesta afirmativa, ¿puedes perderme?, ¿Notarías si no estoy?

En el film elegido, respecto de las figuras parentales de Ellen se observan intercambios que consisten en financiar las actividades de la joven, incluso los programas más costosos para su recuperación. No obstante Ellen continúa insistiendo a su madrastra y a

los médicos: ¿van a venir?, me dan eso, pero ¿y el signo de su amor?

Es ante el pedido de alimentarse por parte de su familia, como el sujeto mediante su rechazo a comer pone un límite a todo lo que viene del Otro que no sea considerado signo de su amor. Bajo su lema yo como nada, utiliza la totalidad de su cuerpo para faltarle a este Otro e intentar conmoverlo de su indiferencia; siendo mediante esta amenaza de dejar

de existir, el modo en que el sujeto busca que el mismo le exprese que aún le importa. Para concluir, se propuso la anorexia como una condición de existencia, ya que la misma funcionaría como una salida para poder sostenerse como sujeto deseante. Los interrogantes de este ensayo quedan abiertos en torno a las posibilidades de configurar una demanda subjetiva en el adolescente que se presenta en consulta y de subvertir esta posición.

XII. Referencias Bibliográficas

- Amigo, S. (2005). Clínica de los fracasos del fantasma. Rosario: Homo Sapiens Ediciones.
- Barroso, F. (2021). Anorexia Mental de la Pubertad. Adolescencia, lenguaje y cuerpo. Buenos Aires: Laborde Editorial.
- Dolto, F. (1973) Prefacio. En: La primera entrevista con el psicoanalista de Maud Mannoni (p. 6-15) Buenos Aires: Granica.
- Firpo, SM. (2015). Cap. III La liminalidad, Cap. IV Un tiempo que es un destiempo, En: La construcción subjetiva y social de los adolescentes. (p.31-41.).Buenos Aires: Letra Viva.
- Freud, S. (1986). Metamorfosis de la pubertad. En Tres ensayos sobre teoría sexual 2da edic. Buenos Aires: Amorrortu.
- Grassi, A & Córdoba, N. (2010). cap. Metamorfosis de la Pubertad. En Entre niños, adolescentes y funciones parentales. Buenos Aires: Editorial Entreideas.
- Hekier, M. & Miller, C. (1996). Anorexia- Bulimia: Deseo de Nada. Bs. As: Paidós.
- Karothy, R. (2001) Vagamos en la inconsistencia. Los fundamentos del Psicoanálisis. Buenos Aires: Colección Lazos.
- Lacan, J (1988) Dos Notas sobre el niño. En: Intervenciones y textos 2. Buenos Aires: Manantial.
- Lacan, J. (1989) El Seminario. Libro XI: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (2007). El Seminario. Libro X: La angustia. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (2008) El Seminario. Libro IV: La relación de objeto. Barcelona: Paidós.
- Lacan, J (2009) El estadio del Espejo como formador de la función del Yo (je) tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica. Escritos 1. México: Siglo XXI.
- Lacan, J. (2012) El Seminario. Libro XIX: ... o peor. Buenos Aires: Paidós.
- Le Gufaey, G. (1998). El Lazo especular. Un estudio travesero de la unidad imaginaria. Buenos Aires: EDELP.
- Mannoni, O. Deluz, A. Gibello, B & Hébrard, J. (2001). La crisis de la adolescencia. Madrid: Gedisa Editorial
- Noxon, M. (2017). Hasta los Huesos. Película.
- Recalcati, M. (2011). La última cena: anorexia y bulimia. Buenos Aires: Ediciones del Cifrado.
- Rodolfo, R. (1992). Cap. El adolescente y sus trabajos. En Del significante al pictograma a través de la práctica psicoanalítica. (p.152-162) Buenos Aires: Paidós
- Winnicott, D. (1972). Realidad y Juego. Barcelona. Ed: Gedisa.